

Barro, David, "El show de Félix. El juego consiste en no dejar de soñar", *Félix Fernández Fernández*, Lugo, Museo Provincial de Lugo, 2006, Cat. Exp.

*El show de Félix. El juego consiste en no dejar de soñar*

Comienzo a escribir estas líneas directamente, con la única impertinencia de una fotografía austera, donde Félix Fernández viste una camiseta blanca y una nariz golpeada (u operada), al tiempo que confiesa en voz alta y por escrito, ser sensible a la belleza. La imagen resulta rotunda, efectiva y, seguramente, a partir de ella se podrían revelar sus secretos que no son secretos sino verdades que entiendo, necesitan transpirar.

La foto esconde la tristeza que se guarda tras una nariz de payaso o la soledad pos parto de la celebridad, del éxito desmedido. Siempre necesitamos más para salir, una vez más, en las revistas del corazón, o para ser como pensamos que los demás quieren que seamos. Y esa es una buena razón para partirnos la cara, y por los dos lados. En otra ocasión, me referí a los trabajos de Félix Fernández como documentos sociológicos de una conducta determinada y como oposición a la imposición, como búsqueda de un sentido. Para esa búsqueda Félix Fernández no se camufla como un *flâneur*. Al contrario, se exhibe hasta el exceso, se desdobra, se multiplica, se deconstruye. Algo así como en *Trash* de Joe Dallesandro, se exhibe perfecto para entender que la búsqueda es la espera.

En su fotografía *Sensible a la belleza*, Félix Fernández espera orgulloso convencido de su belleza, como aquella mítica Ofelia en el retrato de Millais, que flota viva (nunca ahogada, señaló Mallarmé) ante el desastre convertido en paisaje idílico. '¡Oh, pálida Ofelia, bella como la nieve!', la describe Rimbaud. Como en el show de Félix, todo consiste en no dejar de soñar.

Pensemos en por qué los niños pequeños no quieren irse a dormir o los borrachos se obstinan en continuar ante la utopía de una noche eterna. El deseo de poder seguir mirando, soñando, lo mueve todo a modo de necesidad extrema, como el sonámbulo que debe seguir soñando para no precipitarse al suelo, que diría Nietzsche. Para Félix Fernández despertar de esa suerte de sueño permanente, de esa euforia representada, significaría caer al suelo como en su hombre-perro, retorcido sobre sí mismo, agonizando en su sexualidad arruinada por otros. Por eso Félix continúa sensible a la belleza, con además impasible, orgulloso. Y es que toda su obra escora desde ese conflicto entre el individuo y la sociedad, para acabar activando una verdad caleidoscópica de sentimientos que roza la esquizofrenia visual. Pero, "En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó", nos dice Borges en su ficción titulada 'Las ruinas circulares' que pertenece a *El jardín de los senderos que se bifurcan*. Me pregunto que pasaría si ese hombre sensible a la belleza, dejara de ser sensible. Existe una necesidad vital de travestir la realidad para rozar una subversión, decadente, eso sí. Porque el glamour está por encima de todo, pensará un Félix Fernández que, como Warhol, trata de construir su propio decorado para reforzar ese anhelo; "sólo quiero ser algo cuando me encuentre fuera de una fiesta, para poder entrar", aseveraba Andy Warhol. Y Félix también quiere su propio show.

Pensemos ahora en la película *The Truman Show*, donde el protagonista es, a su vez, la estrella protagonista de un programa de televisión de gran éxito, eso sí, sin saberlo. Su vida sirve de argumento de la

teleserie y todo lo que le rodea, ya sean los amigos o su propia mujer, son falsos, son actores. La ciudad en la que vive, es un inmenso escenario. En definitiva un mundo feliz a la 'americana', artificial y un tanto hortera. Truman nació 'en directo' y casi lo matan 'en directo'. Lo único que importa es precisamente eso, el directo, el público, la audiencia. Todo ello no está muy lejos del exhibicionismo de pasiones que traza Félix Fernández en un conjunto de fotografías pertenecientes a la serie *1.000 maneras de dormir tranquilo*. Félix escenifica su propio entierro, su boda arnolfiniana, su sueño... También como durante el sueño es grabado por una serie de cámaras de vídeo, como Truman. Nuestro Félix Fernández personaje también quiere ser un héroe televisivo de la nada.

Félix Fernández, como Truman, comienza a cuestionarse su mundo, las repeticiones, las coincidencias. ¿Es nuestro mundo perfecto? Platón hablaba del mundo como representación imperfecta, una representación conformada a través de nuestra propia ideología. Truman, al final de la película, lucha por romper esa perfección aséptica y superficial, se arriesga a un mundo peor como le advierte su especie de 'dios creador'; mientras, su público, tan fiel durante tantos años, simplemente se pregunta qué ponen a continuación en la televisión: si no salimos, no existimos.

La cuestión de fondo sería la siguiente: ¿Aceptamos todo lo que vemos?. El mundo de Truman nos da una serie de pistas en forma de humor negro: una profesora lo desilusiona al hacerle creer que todo está descubierto, los carteles de la agencia de viajes muestran aviones atravesados por rayos que advierten 'Eso puede pasarle a usted'... Truman lo acepta, no reflexiona acerca de esas contradicciones, como nosotros en la vida real que no acabamos de entender que las cosas no son siempre igual a cómo se nos dice.

Todas las acciones de Félix son producto de una narración construida, aunque simulen la apariencia de improvisada performance. Una narración de resistencia ante las citadas contradicciones: "No es lo mismo ver como viene un tifón de pie que esperar sentado", dirá en entrevista con José Manuel Lens. La frase se podría extrapolar a cómo es nuestra actitud al ver la televisión. Félix injerta su visión crítica, a modo de deconstrucción derridiana, en su obra *Prime Time*, un relato entrecortado que nos señala una televisión estropeada, falsa y esperpéntica. A partir de una serie de subidas de tono, de silencios, de amagos y pausas, como si de un *zapping* se tratara, Félix Fernández consigue sumir al espectador en una vertiginosa historia con mensaje claramente apocalíptico, con pornografías disfrazadas, guerras efervescentes convertidas en anuncios de refrescos, espectadores de un partido de fútbol señalados como protagonistas por los propios futbolistas y pitonisas que nos indican el tiempo que nos espera. En el fondo, como ya señalé, lo planteado por Félix Fernández es la búsqueda sin sentido del sentido, la experimentación que nos permita dilucidar nuestra estrategia, enderezar nuestro camino gracias a un cuestionamiento de los que nos rodea, de dudar de cada imagen.

Todo en esta obra salió de la televisión como materia prima, sin embargo, los ojos cínicos de la doble moral periodística se ciñeron sobre ella en un absurdo ataque censor que me recuerda a la tontería americana ante la escurridiza teta de la hermana de Michael Jackson (Janet, creo que se llama) que noqueó la Superbowl. Así, iba yo de boda cuando veo una página de cultura dedicada a las tetas (mucho más grandes, eso sí) que Félix Fernández había arrancado de su corsé como Justin Timberlake a la pobre Janet, que confesó haberlo ensayado. El texto, escrito en La Voz de Galicia por Rubén Santamarta, decía así:

"Más de un espectador se ha quedado sin ver los títulos de crédito, y, sonrojado, ha abandonado la sala antes de su finalización. Ni al comienzo ni durante el vídeo se explica que la cinta contiene imágenes que pueden herir la sensibilidad del espectador. Tampoco hay advertencia alguna fuera de la sala en que se proyecta *Prime time* ni en el vestíbulo en que se anuncia la exposición. Sólo una referencia en los folletos explica que el espectador se encontrará con un relato de «mensaxe claramente apocalíptico, con pornografías disfrazadas". Todo bien, salvo que en ese énfasis en el espectador (palabra que, por otro lado, el periodista repite redundantemente a lo largo del texto), el medio de masas (seguramente la noticia tuvo muchos más lectores que espectadores la exposición) no lo tuvo en cuenta al ilustrar el artículo con la imagen de la actriz porno que tanta inquietud le provocaba. ¿Qué actitud es más provocadora? Al final la obra tuvo, si cabe, mucho más sentido, al ver la ambivalencia moral de la comunicación también por vía escrita.

Félix Fernández tituló aquella exposición individual para el Centro Torrente Ballester como 'Descenso', advirtiendo que ésta trataba de ser "un punto de conciencia después del caos, ya que el hecho de declarar un descenso implica el conocimiento de otro estadio vital superior, ya sea anterior o posterior", en definitiva, un declive barroco muy acorde con la inestabilidad del mundo que vivimos, tan hambriento de certezas.

Así, el cuerpo que siempre exhibe Félix Fernández, y que es la base de sus trabajos, no es más que la piel del miedo, del éxito, de la injusticia y, sobre todo de las dudas y de los nervios de quien quiere ser aceptado por quien quiere ser aceptado. Todo eso se advierte en sus palabras en la performance realizada en la Sala San Hermenegildo de Sevilla, dentro del Festival Contenedores 05: "... espero que los nervios no me traicionen y muestren una imagen equivocada de lo que soy. El directo es así, un riesgo normal de la auto-construcción que tenemos de nosotros mismos. Imagínate que me sale un sarpullido". ¿Qué pensarán los demás sobre nosotros? Esta pregunta resulta constante en la obra o strip-tease de sensaciones que nos propone Félix Fernández. Todo es una suerte de *trompe l'oeil* o maquillaje que acaba por construir una identidad.

Aunque lo escrito aquí no son más que palabras introductorias a un personaje que lucha contra la imposición y la mentira, capaz de ironizar sobre la vergüenza social y la necesidad que tenemos de vencer el tiempo. Félix Fernández emprende un viaje a las entrañas de su sentimiento consciente de la vulnerabilidad que sentimos ante la pérdida de un referente. "Cógeme de la mano y llévame a algún lugar interesante", dice en uno de sus trabajos. Y aún así, alguno habrá que piense que se trata de un excéntrico, cuando nuestro artista no es más que un raro que sube y baja (raro como bien escaso, claro) jugando a no dejar de soñar.